

Entre Bicentenarios. Una reflexión sobre la historiografía argentina reciente¹

Marcela Ternavasio

Hacer un balance de los debates historiográficos desplegados en el marco de las conmemoraciones bicentenarias hispanoamericanas es una tarea que nace incompleta. Como sabemos, el gran arco temporal que ocupa estas conmemoraciones se cerrará recién en la siguiente década y todavía no sabemos cuál será la fecha precisa de ese cierre. Un dato que, por demasiado obvio, no deja de revelar la primera peculiaridad de este ciclo de revoluciones e independencias que estamos celebrando. En los países hispanoamericanos vemos desfilar varias fechas conmemorativas y no todas se corresponden con actas de declaraciones de independencias. Tales fechas aluden, según los casos, a movimientos juntistas leales a la Corona española, a la creación de gobiernos autónomos pero no independientes de la metrópoli, a batallas o pronunciamientos que dieron paso a movimientos insurgentes, a pactos o tratados de los que surgieron nuevas unidades políticas soberanas, o a declaraciones formales de independencia respecto de España. En algunos países de la región hay, por estas razones, más de una celebración bicentenaria.

Esta diversidad pone en evidencia las particularidades de un proceso histórico en el que las independencias no fueron un punto de partida sino de llegada que, con diferentes ritmos en cada región, estuvo jalonado por disputas –discursivas y bélicas– entre distintas alternativas. Sobre esta cuestión existe hoy un consenso bastante generalizado dentro del campo historiográfico; sin embargo, este consenso no formó parte de las retóricas que predominaron en los festejos oficiales desarrollados durante los primeros bicentenarios de la región. Dichas retóricas actualizaron, con mayor o menor énfasis según los casos, las clásicas matrices nacionalistas en las que los movimientos revolucionarios son vistos como proyectos independentistas preconcebidos y maduros destinados a crear los estados naciones que hoy habitamos.

El divorcio que, por lo general, existe sobre estos temas entre los discursos oficiales y publicísticos y el discurso académico (con todas las variantes que este último aloja) no nos trae, por cierto, ninguna sorpresa. Nadie esperaba que los “mitos de origen” de nuestras comunidades políticas fueran revisados precisamente en fechas tan significativas en las que los gobiernos de turno –con mayor

¹ El presente artículo fue escrito en el marco de las primeras celebraciones bicentenarias hispanoamericanas. No incluye, por lo tanto, la consideración de los debates suscitados –tanto en el ámbito académico como en el espacio público– sobre el bicentenario celebrado en 2016.

o menor vocación refundacional– buscan anclarse en el pasado para legitimar sus agendas políticas del presente con proyección al futuro. No obstante, los gobiernos volcaron en estos tiempos bicentenarios recursos financieros destinados no sólo a los festejos públicos sino también a la organización de eventos académicos y empresas editoriales. En diferentes magnitudes según los países, las instituciones académicas dispusieron de presupuestos extraordinarios para exhibir sus producciones y renovaciones interpretativas en torno a los temas que fueron objeto de celebración.

Aunque en Argentina, las universidades y organismos de investigación públicos no gozaron de ese flujo presupuestario estatal del que sí se vieron beneficiados otros países de la región, los historiadores y cientistas sociales pudimos participar activamente de eventos y publicaciones internacionales gracias a la inversión realizada por las entidades extranjeras que nos tuvieron como invitados. Las conmemoraciones bicentenarias estimularon, así, la multiplicación de emprendimientos académicos que colaboraron a crear una suerte de zócalo común de debates a nivel continental e intercontinental y a dar una significativa visibilidad a las nuevas agendas de investigación. Pero cabe subrayar que no fueron estas celebraciones las que impulsaron la renovación de los estudios historiográficos sobre los procesos revolucionarios y de independencia hispanoamericanos (como asimismo sobre otros períodos y temáticas). Tal renovación comenzó hace por lo menos tres décadas atrás en toda el área hispana y en ella no dejaron de incidir los debates suscitados en otras conmemoraciones; especialmente las desplegadas en ocasión del Bicentenario de la Revolución Francesa y del Quinto Centenario del “encuentro entre dos mundos”. Las migraciones temáticas, teóricas, heurísticas o metodológicas que pueden observarse en este gran arco conmemorativo son por cierto muy variadas. Pero el protagonismo que en ellas exhibió la rehabilitación de lo político –tanto en el campo de la historia política como en el de la historia de la cultura política– es sin duda un dato destacable.

En este ensayo me concentraré en algunos aspectos que exhibe esta rehabilitación de lo político en la historiografía argentina dedicada al estudio de aquello que estos bicentenarios están escalonadamente celebrando. Intentar un análisis más amplio –tanto desde el punto de vista disciplinar como temático– sería, en el marco de estas breves páginas, una empresa condenada al fracaso. Por tal razón el lector no encontrará aquí un “estado de la cuestión” de los temas abordados sino una reflexión sobre una limitada agenda de debate.²

² Las citas bibliográficas que contiene este ensayo son limitadas dada la extensa masa crítica producida en los últimos años sobre los temas aquí desarrollados. Algunas de las cuestiones planteadas en estas páginas las he desarrollado en “Política y cultura política ante la crisis del orden colonial”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, n.º 33, 2010. Por otro lado, he discutido también algunas de estas cuestiones en el VI Congreso Internacional *Los procesos de independencia en Iberoamérica*, Universitat Jaume I, Castellón, España, 9-12 de noviembre de 2010, con una ponencia titulada “El Río de la Plata y la Historia Política de los procesos de emancipación. Una reflexión historiográfica”, y en el Coloquio Internacional *Relecturas del pasado y desafíos del futuro: los bicentenarios, Perú en perspectiva comparada*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 2 y 3 de agosto de 2012 con una ponencia titulada “Historiografía y espacio público en la Argentina del Bicentenario”.

La historiografía argentina estuvo marcada desde sus orígenes por dos presupuestos básicos: la *marginalidad* y la *excepcionalidad*. Bartolomé Mitre, autor de la narrativa más exitosa y perdurable sobre el período revolucionario, fue quien sentó las bases de ese doble presupuesto: la condición de margen del Río de la Plata dentro del imperio español habría dotado a la entera región austral de rasgos excepcionales respecto del resto de Hispanoamérica. La ausencia de riqueza minera, la resistencia de los grupos indígenas a ser sometidos, la alta presencia de mestizos en todas las capas sociales, las atenuadas distinciones de castas y de desigualdades económicas, y el generalizado contexto de escasez de riqueza y de población, fueron las principales variables expuestas por Mitre para inscribir el argumento sobre el cual se organiza toda su obra: la existencia de una “democracia genial” desde los primeros tiempos coloniales en el Río de la Plata. Para Mitre, esa fue la cantera de donde surgió la “nacionalidad argentina”, maduramente preparada para lanzarse a la independencia de la metrópoli cuando se produjo la crisis de la monarquía.³

Este relato histórico, que –en clave política– inscribió a la revolución como un movimiento protagonizado por una comunidad consciente de sus propósitos y destinada a constituirse en una nación republicana y democrática, colocaba a esa frontera de la monarquía en un derrotero excepcional, radicalmente distinto y aun opuesto al seguido en las regiones centrales de ese imperio en América. Las herencias negativas que el sistema colonial habría legado a México y Perú estarían atenuadas en una zona que, como la rioplatense, parecía estar naturalmente destinada a participar de la carrera del progreso y la civilización que se abrían en el mundo atlántico promediando el siglo XIX. Los *déficit* de origen se convertían, en esta perspectiva, en potenciales ventajas.

El impacto de esta matriz interpretativa en el campo de la historia económica fue igualmente fundante de las visiones historiográficas hasta bien entrado el siglo XX. En contraste con el juicio de Domingo F. Sarmiento, para quien la enorme extensión territorial y la abundancia ganadera eran la fuente de todos los males, Mitre veía en esos mismos factores la clave del destino manifiesto rioplatense. La línea de continuidad trazada entre el período colonial y el posrevolucionario se extendía así a todos los planos. Como destaca Jorge Gelman, si bien la visión mitrista no fue unánime, no dejó por ello de impregnar los aportes de las obras más significativas en el plano de la historiografía económica argentina del siglo XX.⁴

Fue recién en los años 60 cuando la narrativa histórica fundacional argentina comenzó a ser revisada desde diferentes campos y posiciones teóricas. Si

³ Mitre, B., *Historia de Belgrano y la Independencia Argentina*, Buenos Aires, Estrada, 1947 (la 1.ª edición es de 1857 y la 4.ª y definitiva, de 1887).

⁴ Gelman, J., “Cambio económico y desigualdad. La revolución y las economías rioplatenses”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, n.º 33, 2010.

bien tal revisión estuvo precedida por el llamado “revisionismo histórico” de la década del 30, es preciso recordar que los aportes de este revisionismo fueron muy modestos desde el punto de vista de la investigación histórica. Nacido como una tentativa de ofrecer el aval de la historia a la situación creada por la crisis del modelo agroexportador y por el primer golpe militar argentino, su exploración del pasado estuvo presidida por el repudio al proceso de democratización, al predominio del liberalismo como ideología hegemónica y al tipo de inserción económica del país en el mercado mundial iniciada en el período posrevolucionario. Aunque dentro del revisionismo de aquellos años se presentan variaciones significativas –aún más pronunciadas cuando algunas de sus premisas fueron retomadas por distintos autores en los años 50 y 60–, es oportuno destacar un factor común: que la modestia de sus contribuciones contrasta con la eficacia que sus presupuestos lograron alcanzar en el largo plazo. Esta eficacia se debe más a su “capacidad de expresar las cambiantes orientaciones de ciertas vertientes de la opinión colectiva”, muy sensible a las visiones decadentistas e ideológicas que las impregna, que a resultados novedosos en términos de investigación.⁵

En el campo profesional de los historiadores, en cambio, las novedades de los 60 se instalaron en un escenario en el que las investigaciones de base que las sustentaban abarcaron distintos planos y enfoques teóricos. En el marco de la historia económica, la mirada continuista fue reemplazada por nuevos estudios que destacaron el quiebre entre el período colonial y el posrevolucionario⁶; y en el de la historia política, la matriz estatalista y nacionalista (presente en todas las historiografías nacionales desde el siglo XIX) comenzó a ser cuestionado. En este segundo plano, la publicación de *Tradición política española e ideología revolucionaria de mayo* de Tulio Halperin Donghi representa un punto de inflexión.⁷ En esta obra, su autor se alejó ostensiblemente de las interpretaciones canónicas como asimismo del clima historiográfico dominado en esos años por el auge de la historia económica y social, para inscribirse en un registro por ese entonces marginal –el de una historia de las ideas que apuntaba a dar inteligibilidad a la

⁵ La cita pertenece a Halperin Donghi, T., *El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005, pág. 15. Sobre el tema “revisionismo” véase Cattaruzza, A., “El revisionismo: itinerario de cuatro décadas”, en Cattaruzza, A. y Eujanian, A., *Políticas de la historia: Argentina 1860-1960*, Buenos Aires, Alianza, 2003; Devoto, F., *La historiografía argentina en el siglo XX*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 2006; Pagano, N. y Devoto, F., *Historia de la historiografía argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009; Chiamonte, J. C., “En torno a los orígenes del revisionismo histórico argentino”, en Frega, A. e Islas, A., *Nuevas miradas en torno al artiguismo*, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2001; Svampa, M., *El dilema argentino: civilización y barbarie, de Sarmiento al revisionismo peronista*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1994; Quattrocchi-Woisson, D., *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1995.

⁶ Se destacan en este registro las contribuciones de Sempat Assadourian, C., “El sector exportador de una economía regional del interior argentino. Córdoba, 1800-1860”, en *El sistema de la economía colonial*, México, Nueva Imagen, 1983; Halperin Donghi, T., “La expansión ganadera en la campaña bonaerense (1810-1852)”, *Desarrollo Económico*, 3: 1-2, 1963.

⁷ Halperin Donghi, T., *Tradición política española e ideología revolucionaria de mayo*, Buenos Aires, Centro Editor de América latina, 1985 (1.ª ed. 1961).

historia política– y postular que la historia de la revolución de mayo nacida en Buenos Aires en 1810 no podía sino entenderse como un episodio más dentro del derrotero de “crisis de la unidad monárquica en España”. El giro interpretativo que implicó sustraer el proceso revolucionario local de las visiones endógenas vigentes fue subrayado por el mismo autor en la “Advertencia” a su segunda edición de 1985, donde además llamó la atención sobre el hecho de que aun cuando la Argentina estuvo siempre dominada “por la veleidosa pasión por la novedad [...] la exploración del tema aquí considerado no ha conocido avances de importancia”⁸. Se trataba, por cierto, de una evaluación muy ajustada. Fue recién a fines de los 80 y comienzos de los 90 cuando se produjo una suerte de explosión de investigaciones dedicadas al período de la revolución y la independencia, tanto en Argentina como en el resto de Hispanoamérica. Tal explosión se produjo, en gran parte, en el marco de los presupuestos presentados por Halperin a comienzos de los 60, profundizados en 1972 con la publicación de *Revolución y guerra* y reforzados en 1985 con la aparición de *Reforma y disolución de los imperios ibéricos*.⁹

El impacto producido por la publicación de *Modernidad e Independencias* de François X. Guerra (1992) fue, sin duda, muy eficaz para vehicular la revisión de las interpretaciones canónicas y hacer circular a escala hispanoamericana algunas de las premisas ya postuladas por Halperin, aunque desde perspectivas claramente distintas.¹⁰ De igual manera, las hipótesis y perspectivas expuestas por José Carlos Chiaramonte desde comienzos de los años 80, destinadas a revisar la “cuestión nacional” para objetarla como marco de análisis de las revoluciones desatadas con la crisis monárquica, tuvieron alcances no sólo en Argentina sino también en toda la historiografía hispanoamericana.¹¹

II

Así, en el renovado contexto de los años 80, alimentado por la reinstauración democrática y la consolidación de un campo profesional para quienes en aquel entonces nos iniciábamos en el oficio de historiador, la historiografía argentina en general –y especialmente la dedicada a los procesos de independencia– se

⁸ Ibidem, pág. 8.

⁹ Halperin Donghi, T., *Revolución y guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla*, México, Siglo XXI, 1972; *Reforma y disolución de los imperios ibéricos*, Madrid, Alianza, 1985.

¹⁰ Guerra, F. X., *Modernidad e Independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, Madrid, MAPFRE, 1992.

¹¹ Chiaramonte, J. C., “Legalidad constitucional o caudillismo: el problema del orden social en el surgimiento de los estados autónomos del Litoral Argentino en la primera mitad del siglo XIX”, *Desarrollo Económico*, vol. 102, julio-septiembre, 1986; “Formas de identidad política en el Río de la Plata después de la independencia”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, n.º 1, 1989; *Mercaderes del Litoral. Economía y sociedad en la provincia de Corrientes, primera mitad del siglo XIX*, Buenos Aires, FCE, 1991; “Acerca del origen del Estado en el Río de la Plata”, *Anuario IHES*, Universidad Nacional del Centro, Tandil, n.º 10, 1995; *Ciudades, provincias, estados: orígenes de la Nación Argentina (1800-1846)*, Buenos Aires, Ariel, 1997.

abrió al mundo. Es decir, comenzó a salir de su doble condición de *margen y excepción* para inscribirse historiográficamente en el más amplio proceso de revoluciones hispanoamericanas y atlánticas. Una sensibilidad de apertura que estuvo precedida por la generación de historiadores que marcó el campo a finales de los años 50 y comienzos de los 60 y que se vio interrumpida por los desgraciados avatares políticos experimentados en el país a partir del golpe militar de 1966.¹² Pero cabe destacar que se trató de una apertura relativamente unidireccional, producida desde el ámbito local hacia los centros académicos más prestigiosos ubicados en Europa y Estados Unidos, que no obtuvo la reciprocidad exhibida por parte de estos centros hacia otros países hispanoamericanos. A diferencia de México y Perú, por citar los casos clásicos, donde una pléyade de historiadores extranjeros se sumergió a explorar tanto el período colonial como los procesos de independencia desplegados en esos escenarios, no hubo tal interés ni atracción por el caso rioplatense. Un desinterés que –más allá de contadas y honrosas excepciones– fue producto, precisamente, del papel marginal y periférico que siempre tuvo la historia del rincón más austral del imperio.

De cualquier manera, y más allá de los distintos ritmos que exhibe la renovación historiográfica de cada país, lo cierto es que fue recién en los últimos años que los estudios sobre los procesos de independencia hispanoamericanos se *globalizaron* a escala intercontinental. Los intentos de integrar en interpretaciones más generales a todos y cada uno de los rincones de aquel imperio transoceánico –incluido el Río de la Plata– son bastante recientes. La presencia de un diálogo común que comparte perspectivas de análisis, a pesar de las disidencias, son muestras elocuentes de esta auspiciosa globalización que, como dije al comienzo, se vio potenciada y multiplicada en el marco de las numerosas iniciativas académicas llevadas a cabo para estos bicentenarios de las revoluciones. Los debates, en este sentido, se han concentrado en las categorías de *revoluciones atlánticas* y de *revoluciones hispánicas* para delinear –a veces en competencia y otras en convergencia– los horizontes analíticos de los casos en estudio.¹³

Como sabemos, el término *atlántico* fue objeto de acaloradas polémicas desde la segunda posguerra y, más allá de sus redefiniciones a lo largo de estas últimas décadas, no ha dejado de ser fuente de intensos debates.¹⁴ Tal como Robert Palmer supo reconocer varios años después de la publicación de *Age of the*

¹² Una generación marcada fundamentalmente por la figura de José Luis Romero.

¹³ Sobre estos debates véase: Chiaramonte, J. C., “La dimensión atlántica e hispanoamericana de la Revolución de Mayo” y los comentarios de Ávila, A., Frega, A., Morelli, F. y Pimenta, J. P., *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, n.º 33. Véase también la polémica entre Roberto Breña y Medófilo Medina Pineda desarrollada en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, que edita el Departamento de Historia de la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá, y reproducida en un dossier coordinado por Luis Alberto Romero en www.historiapolitica.com.

¹⁴ Bailyn, B., *American constitutionalism Atlantic dimensions*, London, The Institute of United States Studies, 2001; *The idea of Atlantic History*, Working Paper n.º 96-01, International Seminar on the History of the Atlantic World, Harvard University, 2001.

Democratic Revolution,¹⁵ el rechazo que había provocado en el Congreso Internacional de Historiadores celebrado en Roma (1955) la presentación conjunta con Jacques Godechot del documento que trataba el “problema del Atlántico” desde el siglo XVIII hasta el siglo XX, lo convenció de abandonar el término “atlántico” pensando que “sólo provocaba innecesaria hostilidad”¹⁶. Gran parte de esa hostilidad procedía –y aún procede– de la identificación entre *revolución atlántica* y *revolución democrática* y de la idea de que existió un gran movimiento único que habría respondido a causas generales. Esa noción de *revolución atlántica* en singular no sólo subsumía en su interior procesos políticos, sociales y económicos muy variados que afectaban a Europa y Estados Unidos, sino que excluía a las revoluciones hispanoamericanas ocurridas a comienzos del XIX.

El término *hispanico*, por otro lado, utilizado para definir las revoluciones desatadas en 1808 a ambos lados del Atlántico, también ha sido –y sigue siendo– objeto de polémicas. Acuñado por François X. Guerra, alude a “un proceso revolucionario único” con epicentro en la península y a un mismo campo cultural en el que se fueron forjando las alternativas y respuestas frente a la crisis monárquica.¹⁷ Diseñado para tomar distancia de las matrices interpretativas nacionalistas y de cuño marxista como asimismo del modelo atlántico que excluía al mundo hispanico, el concepto de *revoluciones hispánicas* es discutido por algunos especialistas tanto por su supuesta vocación de *re-españolizar* las interpretaciones sobre las independencias americanas como por subestimar en ellas el papel jugado por el vínculo colonial.

Aun cuando actualmente se advierte un desplazamiento hacia interpretaciones que buscan repensar las dimensiones atlántica e hispanica en investigaciones concretas –señalando el riesgo de caer en abordajes demasiado generales como asimismo en la tentación de la excepcionalidad derivada de una mirada endogámica y auto centrada sobre los estudios de casos– las discusiones revelan ciertos problemas con el uso de ambas categorías. Problemas que no siempre derivan del debate sobre la pertinencia teórica o metodológica de los conceptos en juego sino de cuestiones ideológicas que los subtienden. Hacer, pues, un balance de estos problemas y discriminar hasta qué punto viejas disputas ideológicas que tuvieron por escenarios la Guerra Fría o el Franquismo se reciclan en nuevas disputas –ahora de tono más *académico*– es una tarea pendiente y necesaria. Tan necesaria como la de redefinir una tercera escala, tal vez más olvidada que las dos anteriores, como es la *iberoamericana*. Si para los años 60 y 70 *Latinoamérica* constituyó una unidad de análisis para las distintas disciplinas sociales, *Iberoamérica* no tiene un *status* similar en la renovación historiográfica de los últimos años. Por supuesto que existen importantes contribuciones en este cam-

¹⁵ Palmer, R., *Age of Democratic Revolution*, Princeton, Princeton University Press, 1964.

¹⁶ Palmer, R., “La edad de la revolución democrática”, en L. P. Curtis, Jr. (comp.), *El Taller del Historiador*, México, FCE, 1975, pág. 192.

¹⁷ Guerra, F. X., *Modernidad e Independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, Madrid, MAPFRE, 1992.

po, procedentes en su mayor parte de la historiografía brasileña, aunque también de emprendimientos colectivos hispanoamericanos; pero es mucho lo que queda aún por indagar en torno a las conexiones de los procesos desatados en las áreas lusitana e hispana luego de la tormenta provocada por la ocupación napoleónica en la península ibérica.

III

El desplazamiento que sustrajo a las historiografías nacionales de las perspectivas centradas en los estados naciones modernos, y a la historiografía argentina en particular de su doble condición de margen y excepción, no deja de plantearle a esta última ciertas cuestiones problemáticas a la hora de inscribirse en las tendencias globales más renovadas. Tales problemas se expresan en diversos planos. Pero tal vez donde se pongan mayormente en evidencia es en las disputas en torno a las cronologías del proceso.

En esta dirección no es una novedad afirmar que todo análisis histórico está sometido, siempre, a las periodizaciones realizadas *ex post* por los historiadores y que ellas no son inocentes sino que parten de presupuestos que dotan de muy diversos sentidos a los acontecimientos analizados. Tampoco es una novedad decir que las periodizaciones de los procesos de independencia hispanoamericanos están hoy en discusión y que en ellas se ponen en juego acalorados debates en torno a su naturaleza. El ejemplo de 1808 es, en este sentido, una muestra significativa. Durante ese año se produjeron las célebres abdicaciones de la familia real borbónica a la Corona española —en el contexto de la ocupación napoleónica a la península ibérica—, la imposición de un rey francés perteneciente a la familia Bonaparte, el desconocimiento de dicho rey por gran parte de la población española que dio inicio al movimiento juntista, y la formación de la Junta Central que asumió provisoriamente el gobierno del imperio. Si esta fecha pasó a tener una relevancia no reconocida antes por la historiografía canónica, dado el giro interpretativo ya señalado que vino a cuestionar las perspectivas teleológicas que habían visto a las independencias como planes preconcebidos y maduros antes de la crisis monárquica o como resultados naturales y necesarios de una historia que las precedía, no todos admiten los mismos presupuestos para dotarla de significado.

En el debate sobre si la crisis desatada con las abdicaciones fue un punto de partida o un punto de llegada se puede percibir una cierta controversia entre distintos campos disciplinares que abordan el tema. A riesgo de simplificar demasiado el asunto, se podría trazar una división entre posiciones que provienen de la historia política y de la historia jurídica, donde el énfasis está puesto en las derivaciones a las que condujo la inédita situación creada por la *vacatio regis*, y posiciones que se inscriben dentro de la tradición de la historia social, hoy abocadas a lo que podríamos llamar una historia social de la política. En este último caso, se cuestiona la centralidad de 1808 como “el *big bang* de la revolución” y

se reclama tanto una “historia política de largo aliento” como asimismo una “re-socialización” del análisis político que admita no sólo una “historia desde arriba” sino también una “historia desde abajo”¹⁸. El punto más sensible para quienes se ubican en la segunda posición es que las formulaciones de la nueva historia política y jurídica tenderían “a derivar en recusaciones del carácter colonial de las relaciones entabladas bajo el imperio de la monarquía hispánica, y por tanto, no pueden sino negar –o al menos diluir– el carácter anticolonial de los movimientos de independencia”.¹⁹ Se trata por cierto de un debate abierto que, como toda discusión, presenta a veces ribetes polémicos en los que se estilizan argumentos subsumiendo posiciones muy variadas. En este sentido, cabe destacar que no todos los que subrayan el papel crucial de 1808 minimizan el carácter colonial del sistema impuesto en América –en todo caso lo revisan en sus múltiples complejidades– ni ponen en segundo plano los factores sociales, económicos y políticos precedentes que contribuyeron a desencadenar la implosión del imperio.²⁰ No obstante, lo que estos debates dejan exhibir es la tarea, aún pendiente, de encontrar puntos de articulación entre la dimensión estructural y la coyuntural sin que ello borre las especificidades de los distintos enfoques y recortes de objeto.

En este marco de debate más general sobre las periodizaciones, la historiografía argentina se enfrenta actualmente a varios desafíos con sus cronologías. En primer lugar, se propone hacer –como postula Sergio Serulnikov– “una historia que reconstruya prolongados procesos de negociación y conflicto en torno al ejercicio o los fundamentos del poder” en la que se recupere la historia colonial para hacer inteligible la posrevolucionaria.²¹ En segundo lugar, se plantea cómo reinterpretar la coyuntura de 1806-1807, cuando una expedición británica avanzó en dos ocasiones sobre la capital del virreinato, haciendo tambalear el orden colonial y dejando como legado una crisis política y social sin precedentes. En tercer lugar, se postula explorar el papel que jugó la crisis de 1808 en sus diversas dimensiones y buscar las articulaciones entre ese momento con el que le precedió en 1806 y con el que le sucedió en 1810, cuando se destituyó al virrey y se formó la primera junta provisional en Buenos Aires. En cuarto lugar, se enfrenta al desafío de cómo reubicar el arco que va de 1810 a 1816, fecha en la que se declaró la independencia. Finalmente, se discute en torno a cómo interpretar el período abierto en 1820, cuando el poder central con sede en Buenos Aires fue literalmente borrado por las fuerzas federales del litoral, sin lograr recomponerse

¹⁸ Sobre este punto véase: Fradkin, R., “Los actores de la revolución y el orden social”, y los comentarios de Beatriz Bragoni, Gabriel Di Meglio, Judith Farberman, Sara Mata y Sergio Serulnikov en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, n.º 33.

¹⁹ *Ibidem*, pág. 81.

²⁰ Una buena muestra de estas posiciones se exponen en las contribuciones de Annino, A., “Imperio, Constitución y diversidad en la América hispana” y de Portillo Valdés, J. M., “Crisis e independencias: España y sus monarquía”, incluidas en el dossier coordinado por Piqueras, J., “1808: una coyuntura germinal”, en *Historia Mexicana*, vol. LVIII, 229, 1, julio-septiembre de 2008.

²¹ Serulnikov, S., “Comentarios al texto de Raúl Fradkin ‘Los actores de la revolución y el orden social’”, en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, n.º 33, pág. 115.

durante décadas, hasta la creación en 1862 de la República Argentina unificada bajo la vigencia de una constitución federal aceptada por todos los territorios.

Ahora bien, estos desafíos, como sabemos, no son nuevos. En todo caso lo novedoso reside en la masa de investigaciones realizadas en las últimas décadas que, a partir de interrogantes que sí son nuevos, obligan a revisar las fechas consagradas por la historiografía canónica. Bartolomé Mitre, al inscribir el espíritu de independencia –concretada recién en 1816– tanto en el punto de partida abierto en 1810 como en tiempos coloniales –dándole especial relevancia a la gesta protagonizada frente a las invasiones británicas de 1806 y 1807– intentaba imponer una interpretación hegemónica que buscaba borrar las ambivalencias e incertidumbres experimentadas por los actores entre 1810 y 1816. Ambivalencias que se desplazaron luego de la declaración de la independencia a las representaciones que los propios protagonistas elaboraron de ese pasado inmediato. En esas tempranas representaciones, las indefiniciones de los actores no eran silenciadas sino que hacían parte de los relatos más difundidos en el espacio público. Como ha demostrado Fabio Wasserman, hasta la consagración del relato mitrista en la segunda mitad del XIX, existió un consenso bastante extendido que consideraba a los sucesos revolucionarios como producto de una combinación de azar y providencia –expresada en la descomposición del poder español– y en menor medida de incidencia de la voluntad y conciencia de los protagonistas. Tal combinación distinguía, según el autor, dos momentos del proceso: el primero signado por la crisis de la monarquía que habría dado lugar al sentido de oportunidad aprovechado por la elite local y el segundo marcado por la acción de quienes promovieron la libertad e independencia tras tres siglos de opresión. Este segundo momento tendría como punto de llegada la declaración de la independencia en 1816, pero no se inscribía necesariamente en el punto de partida de 1810.²²

La secuencia, entonces, 1806-1808-1810-1816 representó siempre un arco complejo por todo lo que se ponía en juego al dar significado a cada una de esas fechas. Por otro lado, 1820 abrió también una fuente de problemas históricos e historiográficos al desaparecer el frágil poder central creado por la elite revolucionaria en 1810. Si para Mitre esa fecha no representó un dilema –en tanto la interpretó en sintonía con el argumento central de su obra, esto es, como la expresión de una “democracia inorgánica” que necesitaba todavía de organizarse para insertarse en la carrera del progreso a la que estaba fatalmente destinada la Nación Argentina–, sí lo fue para muchos, comenzando por los propios contemporáneos. La caída del poder central y la conformación de nuevos sujetos soberanos –las provincias autónomas– dejaron al desnudo las dificultades para construir un orden político unificado bajo el imperio de una constitución nacional y las dificultades también para interpretar el proceso político posterior. Los conceptos de *anarquía*, *caudillismo* y *guerra civil* fueron los que dominaron las versiones canónicas, desatándose a su vez sucesivas disputas en torno a cómo

²² Wasserman, F., *Entre Clío y la Polis. Conocimiento histórico y representaciones del pasado en el Río de la Plata (1830-1860)*, Buenos Aires, Teseo, 2008.

valorar las experiencias locales y provinciales de las cuatro décadas posteriores a 1820. La conocida fórmula sarmientina de *civilización-barbarie* recogía, por un lado, tópicos y antinomias preexistentes, y cristalizaba, por el otro, un complicado dispositivo con el que Sarmiento intentaba dar visibilidad a lo que consideraba un drama –el rosismo– y dotar de inteligibilidad a lo que se le presentaba como un enigma –el apoyo popular a la figura de Juan Manuel de Rosas–.²³ Sobre esta fórmula se modeló, en gran parte, la interpretación del período abierto en 1820, por cuanto quienes la apoyaron, tomaron distancia de ella o la denostaron, no pudieron desprenderse de la eficacia de sus principales premisas.

IV

El listado de los sentidos que fueron adoptando las distintas periodizaciones podría, sin duda, continuar hasta el presente. Pero lo que me interesa destacar es que todas estas cronologías adquieren nuevas valencias al desmoronarse las perspectivas teleológicas en las que se habían apoyado y al ponerse en juego los grandes temas que actualmente está discutiendo la historiografía hispanoamericana. Lo que estas discusiones actualizan en la historiografía argentina es, en primer lugar, el problema del origen de la revolución (1806-1808-1810); en segundo lugar, la naturaleza de esa revolución y la oscilación entre autonomía o independencia (1810-1816); y en tercer lugar, la cuestión de los legados de la revolución y los dilemas de la gobernabilidad republicana (1820-1860). Allí donde los relatos canónicos hablaron de proyectos maduros y héroes precursores, los nuevos enfoques se interrogan sobre las múltiples variables que hicieron implosionar a la monarquía y al imperio; allí donde se enfatizaba la “máscara de Fernando VII” para justificar la tardía declaración de independencia se recuperan las vacilaciones de un proceso revolucionario en el que la opción independentista era una más entre otras; y allí donde se vio el reinado de la anarquía, el caudillismo y las guerras civiles, se analizan las disputas en torno al sujeto de imputación de la soberanía, las pugnas por las formas de representación política y las diversas variantes adoptadas por la forma republicana de gobierno.

La producción realizada en los últimos años sobre estos períodos y temáticas es enorme. Como dije al comienzo, no voy a hacer en esta oportunidad un estado de la cuestión de dicha producción, sino destacar que la rehabilitación de lo político dio impulso a un abanico de temas y problemas historiográficos nuevos. Los aportes en torno a la crucial cuestión de la soberanía, la representación política, los procesos electorales, las cuestiones constitucionales, la fiscalidad, las guerras, las nuevas formas de sociabilidad, los mecanismos de participación de los sectores subalternos, la reconfiguración de los lenguajes políticos, las relaciones entre esfera política y eclesiástica o las formas de la religiosidad, son algunos

²³ Sarmiento, D. F., *Civilización y barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga*, Santiago, Imprenta del Progreso, 1845.

de los más relevantes.²⁴ Abordados en múltiples estudios de casos que abarcan el inmenso territorio del ex virreinato rioplatense, incluidos aquellos en los que sus poblaciones indígenas no estuvieron sometidas al poder colonial ni al orden político posrevolucionario hasta muy entrado el siglo XIX, los nuevos enfoques han sustraído a la historia nacional de las perspectivas porteño-céntricas.²⁵

En este sentido, lo que se exhibe es un mosaico muy variado de procesos históricos que ya no pueden ser nominados con el uso del *singular* sino que requieren, cada vez más, del uso de *plurales*. Y en ese requerimiento, tal vez la innovación más significativa que dio por resultado este proceso de renovación historiográfica es el gradual reemplazo de la categoría *revolución de independencia* por las de *revoluciones* e *independencias*. En la medida en que ambos conceptos dejan de tener un vínculo unívoco que los identifica es posible reconocer que a partir de 1808 se produjeron diversas revoluciones e independencias dentro del tronco común hispánico y del más olímpico horizonte atlántico.

²⁴ Sobre estos aportes véase Sábato, H., “La política argentina en el siglo XIX: notas sobre una historia política renovada”, en Palacios, G. (coord.), *Ensayos sobre la nueva historia política en América Latina, siglo XIX*, México, Colegio de México, 2007; Halperin Donghi, T., “El resurgimiento de la historia política: problemas y perspectivas”, en Bragoni, B. (ed.), *Microanálisis. Ensayos de historiografía argentina*, Buenos Aires, Prometeo, 2004; Altamirano, C., “De la historia política a la historia intelectual: reactivaciones y renovaciones”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, n.º 9, Universidad de Quilmes, 2005; Palacios, G. (coord.), *Ensayos sobre la nueva historia política en América Latina, siglo XIX*, México, Colegio de México, 2007. Estos artículos se pueden consultar en el dossier “Siglo XIX e Historia Política. Debates sobre los nuevos enfoques y perspectivas”, <http://historiapolitica.com/dossierrix/>.

²⁵ Véase sobre este tema la reciente y póstuma contribución de Quijada, M. (ed.), *De los cacicazgos a la ciudadanía. Sistemas políticos en la frontera, Río de la Plata, siglos XVIII-XX*, Berlín, Gebr. Mann Verlag, 2011. Para una reflexión sobre la “cuestión indígena” y la historiografía dedicada al período revolucionario se pueden consultar las contribuciones de Gil Montero, R., “Los historiadores, el bicentenario y el mundo indígena”, y de Ratto, S., “Frontera, indígenas y contactos interétnicos en pampa y Patagonia (siglos XVIII y XIX)”, en Grupo “Los Historiadores y el Bicentenario”, *Dos Siglos después. Los caminos de la Revolución. Textos para el debate*, Rosario, Prohistoria, 2010.